

# EL AMIGO DE LA INFANCIA



AÑO XXXIV

MADRID, 1.º DE JUNIO DE 1907

NUM. 397-1



DONATIVO DE LA  
BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MADRID  
1940



MOISÉS

## MOISÉS

Uno de los patriarcas más célebres del Antiguo Testamento es Moisés, cuya historia en todo ó en parte no deja de ser conocida.

Moisés, como su nombre significa, fué *sacado del agua* y librado de una muerte segura.

Nació en la tierra de Egipto y descendía de la tribu de Leví, siendo hijo de Amram y de Jochebed, y sus hermanos Aarón y Miriam.

Obedeciendo sus padres á la ley de Faraón, después de ocultar al niño cuanto les fue posible, lo colocaron en una canastilla embetunada, y Miriam su hermana tomola y la puso á la orilla del río y en un carrizal, parándose la moza para ver cuál sería la suerte del tierno infante.

Permitió Dios que en tal ocasión la hija de Faraón bajase al río para tomar su baño. Llamola la atención cierta cosa que se divisaba en un carrizal; ordenó que se la trajesen, y abriéndola, hallóse con un precioso niño como de tres meses, cuyo triste llanto movió á piedad el corazón de la princesa, quien, comprendiendo al punto la procedencia de aquella criatura, resolvió criarla para sí y le puso el nombre de Moisés, que en el lenguaje egipcio significa *sacado de las aguas*.

Aun permitió más Dios, y fue que Miriam, viendo á su pequeño hermano en los brazos de la princesa, corrió á ofrecerla una mujer para criar al niño: aceptó la princesa, y el niño volvió á los brazos de su atribulada madre.

Creció Moisés é hizo hombre, y aunque habitando en un palacio, con el respeto y consideraciones de un príncipe, no veía con indiferencia los sufrimientos de sus compatriotas.

El amor patrio, inculcado en su niñez, como es probable, por su madre, tomó incremento en su pecho conforme crecía, y á pesar de que él nada tenía que temer, no era tan egoísta que ante sus goces se apagase el amor á su sangre.

Dios por diversos caminos iba preparando á su siervo para la obra que más tarde le había de confiar.

## MEDITACIÓN

¡Qué bellos en la noche sosegada son los recuerdos gratos de la vida!  
¡Cómo alientan la mente fatigada que ya desea reposar rendida!

¿Recuerdas, alma mía, que en la infancia vagabas en un aura deliciosa, que para ti llenaban de fragancia azahares ricos, y violeta, y rosa?

¿Recuerdas, dí, que al amoroso arrullo de una madre, dormida te quedabas, y que otro viento de mejor mormullo con loco afán en tu dormir soñabas?

¡Qué vivos ante ti se reproducen con el recuerdo tan dichosos días!  
¡Únicos ¡ay! que para el hombre lucen sin que amargue el pesar sus alegrías!

¿Dónde está aquel espacio en que volabas, aquella dulce y aromada brisa en que santos placeres respirabas que á tus labios prestaban la sonrisa?

¡Ah! De tu infancia llena de hermosura el tiempo arrebató las horas bellas; tus sueños de candor y de ventura también, avaro, se llevó con ellas.

¡Despierta estás! Al mundo una mirada escrutadora, ansiosa has dirigido, y su mentira, su maldad, su nada, con amargo dolor has conocido.

Y al ver la tierra en goces tan escasa, te elevas afanosa á las regiones donde la vida entre delicias pasa al halago de célicas mansiones.

Allí puedes gozar: en ese espacio puede tu fantasía arrebatada cernerse sobre el mundo, y un palacio fundarse en los cimientos de la nada.

Allí reina Dios, quien con su mano da premio á la virtud siempre abatida, y humilla la cerviz del vil gusano que llaman poderoso en esta vida.

Remonta allí tu vuelo; pues las alas en este mundo que tu sér encierra, no pueden ostentar sus ricas galas, que es estrecho el espacio de la tierra.

## EL PAÍS ENCANTADO

(CONTINUACIÓN)

Pero á pesar de las fanfarronadas de su compañero, Pornic no dejaba de buscar. Varias veces había renunciado al sueño, esperando sorprender á sus misteriosos bienhechores en medio de la noche; pero jamás había podido verlos. En una ó dos ocasiones solamente había creído oír en medio de las tinieblas sonidos dulces y armoniosos, que parecían salir del centro de la casa. Entonces, saltando fuera del lecho, se había dirigido al lado del ruido, á lo largo de los grandes corredores; pero bien pronto se había encontrado con los muros impenetrables, y no había podido descubrir ninguna puerta oculta. Las voces se ex-

tinguían con la proximidad de la aurora, y el joven marino, desanimado, volvía á su habitación, donde no podía conciliar el sueño. Cuando, por la mañana, contaba á Ivon sus impresiones nocturnas, éste se echaba á reír.

—¡Tú sueñas, mi pobre viejo, tú sueñas! Yo no soy más sordo que tú, y te aseguro que no oigo nunca nada ni de día ni de noche. Yo te aseguraría, si esto pudiera darte gusto, que este silencio es pesado, y que me aburro algunas veces yo también... Pero ¡bah! Yo estoy libre para estar todo el tiempo que quiera en la mesa. Las buenas comidas impiden los malos sueños. Yo no veo nada mejor que hacer, y no deseo en resumen nada más.

—Eres dichoso tú—respondió Pornic. Y sin embargo, por nada en el mundo Pornic hubiese consentido en cambiar sus esperanzas y sus deseos por la grosera satisfacción de su camarada.

Un día, Ivon y Pornic llegaron por casualidad á una parte del dominio que no habían explorado todavía. Era un rincón de tierra montañoso y escarpado; crecían en él flores de una extraña brillantez y de un perfume exquisito. Pero no se veía ningún árbol frutal; ningún riachuelo que lo bañase con sus cristalinas aguas; ningún pájaro hacía oír su dulce voz. El paisaje era á la vez seductor y salvaje. Ivon aplaudía haber descubierto esta comarca; Pornic no avanzaba sino dudando; no le gustaba sentirse envuelto, subyugado por los efluvios de aquellas flores singulares; la voluptuosidad misma que experimentaba le cau-

saba un inexplicable sufrimiento. Sin embargo, avanzaba siempre.

De pronto una barrera se levantó delante de ellos con estas palabras escritas sobre un poste:

SE PROHIBE IR MÁS LEJOS, BAJO PENA  
DE MUERTE

Los exploradores se pararon.

—¿Ves—exclamó Pornic—cómo este dominio tiene amo? Este escrito lo atestigüa, ¡como todo lo que hemos visto hasta aquí!

Ivon levantó en seguida la cabeza.

—Este poste es viejo—dijo;—se le ha colocado ahí cuando se hacía alguna reparación en el camino, y se habrán olvidado de quitarlo. ¿Hay apariencia de que un sendero tan unido lleve á la muerte? No lo creo. Por otra parte, mira. ¿Ves al otro lado de la barrera esas flores más bellas que ninguna de las que hemos visto? Hay muchas: quiero coger por lo menos algunas antes de volvernos. Y sobre aquel montecillo mira aquel árbol con hermoso fruto de oro: ¿nos volveremos sin haber gustado uno solo? ¡Mas quédate ahí si quieres, puesto que no tienes el valor de seguirme!

Si hay un punto débil en el carácter de nuestro amigo Pornic, es el temor de parecer cobarde: tenía esto de común con muchos jóvenes de mi conocimiento.

—Haríamos mejor en irnos—dijo;—pero puesto que tú quieres no hacer caso del escrito, ¡vamos! ¡verás cómo soy tan valiente como tú!

Hablando así, saltó la tapia y fue Ivon el que pasó después.

Los jóvenes temerarios no avanzaban sin temor, pero estaban llevados por una curiosidad más grande todavía. ¿Qué iban á descubrir?

—¡Quién sabe si este camino nos lleva á un tesoro escondido por el propietario!—se preguntaba Ivon.

En cuanto á Pornic, él se decía:

—Quizá vamos al fin á encontrar al mismo amo que se oculta en algún rincón al fin del camino; ¡cuán incomodado se pondrá al vernos, puesto que hemos infringido su prohibición!

No tuvieron tiempo de hacer grandes reflexiones. En el momento en que iban á tender la mano hacia el árbol cargado con los frutos que habían deseado, la tierra faltó bajo sus pies. Lo que habían creído una roca no era sino arcilla movediza, que se abrió bajo sus pies. Rodaron por una pendiente alta de más de cien pies, y cayeron pesadamente sobre verdaderas rocas, al borde del mar, del cual no se creían tan próximos. Ensangrentados y molidos por este nuevo naufragio, más terrible que el primero, exhalaban largos gemidos, á los cuales sólo respondían las olas.

Ivon exclamó al fin:

—¡Oh! amo desconocido y cruel, ¿por qué no te has dignado jamás mostrarte á nosotros y nos has conducido por un camino engañoso hasta el borde del abismo? ¡Tú hubieras tan fácilmente podido evitarnos esta caída! ¡Quienquiera que seas, no te estoy agradecido de tu hospitalidad, de tus pretendidas bondades! ¡Es por tu culpa el que muero, y te maldigo!

(Concluirá.)